



Ciudad Juárez: una situación llamada "atípica"

Héctor Antonio Padilla Delgado*

En los últimos tres años, la violencia en Ciudad Juárez parece haberse desbordado y generado escenarios que, desde la política, han sido interpretados como una profunda crisis de gobernabilidad democrática, o la manifestación abierta de un Estado fallido, y desde la sociología, como la expresión del rompimiento del tejido social o fragmentación social que configuran un desorden anómico. Pero éstas son tan solo algunas de las maneras en que se trata de explicar la *guerra difusa* que experimenta la ciudad desde principios del 2008. Desde ese año, cuando el entonces gobernador del estado, José Reyes Baeza, aludió a que Ciudad Juárez y el estado de Chihuahua vivían una situación "atípica", se refirió explícitamente al salto evidente, en apariencia inesperado, en el número de homicidios dolosos, las amenazas contra los cuerpos policiacos y la perpetración de "ejecuciones" en todo momento y lugar en que se desarrolla la vida cotidiana.

En ese entonces, marzo de 2008, el número de muertes en Ciudad Juárez era de 200 (42, 45 y 113 en los meses de enero, febrero y marzo), cuando durante en todo el año de 2007 la cifra total había sido de 307 (a razón de 25 muertes promedio por mes). Desde entonces las cifras de muertes violentas no han bajado o al menos regresado a niveles anteriores a 2008. La llegada del ejército y las medidas policiacas no redujeron las muertes ni la incidencia delictiva. Todo lo contrario, junto con

los asesinatos crecieron el secuestro, las extorsiones y delitos como el robo de autos y los asaltos se volvieron cada vez más violentos. Tal desbordamiento, al cabo de tres años, llegó a un acumulado de 1623, 2657 y 3601 muertes cada año, arrojando un total de 7,881 homicidios. Así, la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes pasó de 23.5 en el 2007, a 117 en el 2008, 191 en el 2009 y a 274.2 en el 2010. Durante esos tres años, hubo meses incluso en que la cifra de asesinatos fue muy cercana o mayor a la alcanzada en el 2007. Por ejemplo, en diciembre de 2009, con 290 homicidios, agosto de 2010, con 292 y octubre de 2010, con 343 personas asesinadas. Estos crímenes cubrieron casi toda la ciudad de cruces y trastocaron el devenir de la vida cotidiana. Además de cometerse en cualquier hora del día principalmente cuando la gente se desplaza del trabajo a la casa o regresa a ella, han manchado de sangre calles, parques, centros comerciales, escuelas, iglesias y hogares. No existe prácticamente un solo lugar de la ciudad que no haya sido escenario de ejecuciones, hallazgos de cadáveres, atentados a inmuebles o atracos, sea un barrio marginal o un fraccionamiento de las clases privilegiadas.

* Docente-investigador de la UACJ.

A la par de los homicidios, la incidencia delictiva general también aumentó. Crecieron el robo de autos y viviendas, los asaltos bancarios, el secuestro y la extorsión a personas y negocios. El robo de autos, creció no sólo en número, sino también en ferocidad mediante la modalidad denominada *carjacking*, en la que los delincuentes, con frecuencia personas jóvenes o menores de edad, atacan a mano armada a los guadores en cruceros de la ciudad para robarles el auto. La extorsión, que consiste en el cobro de cuotas de protección a negocios establecidos y ambulantes o en llamadas telefónicas para amenazar a las personas, de ser poco frecuente antes de este periodo, creció en un nivel inconmensurable, hasta un grado en que cabe la posibilidad de que se ha implantado un "sistema impositivo" paralelo al legalmente establecido. Y el secuestro, por igual un delito poco común antes del 2008, se tornó en una de las principales pesadillas. Aunque tampoco existe un registro confiable, porque muchos secuestros no se denuncian, es común que a las personas secuestradas se les asesina, a pesar de que los familiares entregan el dinero del rescate.

Además de la magnitud de los homicidios y el resto

de delitos, y esto es quizás uno de los aspectos más sobresalientes, muchos de los asesinatos parecen haberse cometido con la finalidad específica de provocar el terror. Hay una suerte de maquinaria del miedo dirigida contra toda la población, se trate de hombres o mujeres, adultos o jóvenes y niños. Además de acompañarse de mensajes escritos en muros y carteles dejados sobre el cuerpo de las víctimas, a muchos ejecutados se les desmembró o colocó en posiciones que resaltan un ritual de sacrificio y tortura. Es decir, son formas de asesinato perpetradas para infundir miedo, que expresan un mensaje en sí mismo; formas de sadismo posibles cuando la impunidad y el poder son absolutos.

En otros casos, la maquinaria del terror recurre a las masacres. Dirigidas contra grupos específicos (personas adultas de bares, hombres en centros de rehabilitación de adictos, y jóvenes en viviendas particulares), éstas han dejado una huella honda en la conciencia de los juarenses y la opinión pública internacional. Lo mismo que los ataques contra hospitales, ambulancias de rescate y unidades del transporte público, o el incendio intencional de negocios establecidos, viviendas y oficinas de gobierno. Además de las ejecuciones, masacres y atentados con bombas y granadas, la maquinaria recurre al despliegue de campañas mediáticas, con mensajes que si bien aparentan estar dirigidos hacia supuestos o reales grupos criminales rivales, en realidad van contra los habitantes. A través de los teléfonos móviles, el correo electrónico, mantas, cartulinas colocadas en lugares públicos, y videos en el *Youtube*, los mensajes llegan por lo general a todos los hogares, lugares de trabajo y escuelas, para "alertar" sobre posibles rachas de ejecuciones y ataques a instalaciones comerciales y edificios públicos.





El conjunto y la sistematicidad de todos estos hechos convierten en víctima prácticamente a la totalidad de la población. Hacen de cada habitante de Ciudad Juárez un potencial objeto del ataque directo a su persona, dignidad o patrimonio, y en la práctica lo sujetan a un —por llamarlo de algún modo— “proceso de producción social del delito”. Los individuos, su conciencia y voluntad, son la entidad que pretenden controlar quienes, de manera organizada o desarticulada, han echado a funcionar la maquinaria del terror. Alrededor de un supuesto o real conflicto entre grupos o redes criminales rivales, o entre éstos y las fuerzas del Estado, la meta de esa maquinaria es la subordinación de la sociedad. Imponerle a la población nuevas reglas, mantenerla inmovilizada, aislada, desconfiada y escéptica de la acción pública y colectiva a favor de la convivencia sin temor y de las garantías individuales. De esa manera los grupos o individuos (¿narcos, consumidores de drogas pobres y desesperados, jóvenes pandilleros, ladrones de oportunidad, extorsionadores profesionales, paramilitares, policías, soldados, delincuentes de cuello blanco insertos en el gobierno y grandes empresas?) que participan de esa maquinaria, reproducen y profundizan el desorden social del que emergieron. Y se genera así un nuevo desorden que, en virtud de la ineficacia del Estado para garantizar la seguridad y la justicia (sino es que debido a la acción y complicidad de agentes que operan dentro y a través del Estado), ha hecho crecer la desigualdad y la oportunidad para que las redes criminales amplíen la escala de sus operaciones.

* Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la UACJ.

Cabe ahora preguntarse si esta circunstancia “atípica” es un fenómeno temporal o el inicio de la nueva reali-

dad de los años venideros; una realidad que muy bien podría corresponder con la visión del “nuevo imperialismo” de David Harvey, quien nos advierte del surgimiento de una nueva fase de desarrollo del capitalismo en que se rompen los anteriores equilibrios sociales; retornan las viejas formas de acumulación basadas en la violencia y el despojo; se prescinde de las mediaciones que el Estado asumía; y proliferan Estados nacionales debilitados en lo político y lo social, pero fortificados en lo militar.

La violencia en Tijuana: circo, maroma y teatro

Gerardo Medrano*

Este día planeé un recorrido por la Zona Norte de Tijuana. *La zona*, como se le conoce a esta parte de la ciudad, siempre *caliente*. La ilegalidad, lo prohibido es su *ethos*. Es un territorio conflictivo, donde múltiples actividades ilustran su bien ganada fama: negociaciones entre aspirantes a cruzar de manera ilegal hacia los Estados Unidos, o *pollos*, *coyotes*, *sexo-servidoras*, vendedores de piratería, adictos, deportados, indigentes y un largo etcé-